

Varios autores

Diosas, musas y mujeres

Monte
Avila
Editores
Latinoamericana

La lucha, obstinación de la mujer por lograr un lugar que realmente le corresponda y llene sus expectativas dentro de la sociedad, no es tan reciente como muchos imaginan; no obstante, ha sido este segundo lustro del siglo xx, a punto de culminar, el asombrado testigo de una riquísima y muy polémica discusión acerca del sexo femenino y de su papel en el mundo.

Discusión que tanto en el ámbito de las ideas como en el de la vida práctica ha producido un cambio radical en la sociedad contemporánea.

El presente volumen constituye un nuevo aporte a este debate en constante actualidad. Una serie de estudiosos e intelectuales venezolanos, a partir de muy diversos e inclusive contrapuestos puntos de vista, nos ofrecen aquí un amplio panorama del problema: desde las figuras de Eva y María en la literatura cristiana medieval, de Vladimir Acosta; pasando por los aportes de las psicoanalíticas de Lilian Espina y de María Riquelme, o los estudios estrictamente literarios de Fernando Práncipio y de María Riquelme; hasta llegar a la más reciente actualidad, como el tema de la doctoresa de la Universidad de los Andes, objeto de un estudio de Elisa Jiménez Araya.



¿SOLO LLORAN LAS MUJERES?

Mercedes Muñoz y Juliana Boersner

El hombre caza y lucha. La mujer intriga y sueña; es la madre de la fantasía, de los dioses. Posee la segunda visión, las alas que le permiten volar... Los dioses son como los hombres: nacen y mueren sobre el pecho de una mujer...

Jules Michelet

LA OCASIÓN es propicia para compartir una serie de reflexiones que tienen que ver con la posible existencia de una naturaleza femenina o masculina más allá de las múltiples construcciones simbólicas de orden social, político, religioso, científico y económico que los seres humanos hemos elaborado en nuestra relación con el entorno y con nosotros mismos.

Elizabeth Badinter señala: «El dualismo sexualizado es el paradigma de todos los dualismos, el paradigma de la historia del mundo»¹, y parte de esta afirmación para desarrollar su libro de ensayo *El Uno es el Otro*, un viaje a través de la historia de los géneros, que analiza la trascendencia de eventos que estamos viviendo como hombres y como mujeres y que tocan puntos vitales de nuestra existencia. Ella misma dice: «el cambio de modelo no sólo pone en tela de juicio nuestros comportamientos y valores, sino que afecta nuestro ser más íntimo: nuestra identidad, nuestra naturaleza de hombre y mujer», y agrega,

por esta razón la inquietud reviste formas de verdadera angustia existencial que obliga a replantearse la gran cuestión metafísica: ¿quién soy yo?, ¿cuál es mi identidad, mi especificidad como hombre o como mujer?, ¿cómo distinguimos el uno de la otra?, ¿cómo vivir el uno con la otra?².

Partimos hoy de una pregunta aparentemente muy sencilla y que emerge del axioma lógico más elemental: si los hombres no lloran es

¹Badinter Elizabeth: *El Uno es el Otro*, Bogotá, Edit. Planeta, 1987, p. 20.

²*Ibid.*, p.10.

porque sólo las mujeres lloran. Será entonces que ¿sólo lloran las mujeres?

Volvemos la mirada hacia nuestra infancia hace 30, 20, 15 años y pensamos, ¿era entonces posible esa pregunta?, ¿era acaso posible dudar...?

Entender o asumir la naturaleza femenina o masculina como un fenómeno cultural, es un hecho reciente en la historia. Por siglos, ¡siglos!, ha habido un orden, una estructura fundamentada en un discurso y una acción económica, política, religiosa, científica, donde no cabía la duda, la naturaleza femenina y masculina, sus atributos y derechos eran validados por la naturaleza misma y Dios.

Así, cada uno de los individuos (que no por casualidad han sido fundamentalmente hombres) que pretenden explicar desde la ciencia o la religión la naturaleza, lo hacen desde la aspiración, desde la convicción, de que están hablando «objetivamente» de ella. Comenta Mena «así el perímetro de esa naturaleza innegable ha sido diferentemente delineado por Homero, Platón, Aristóteles, San Agustín, Mahoma, Buda, Marx, Freud, Lorenza, Skinner...»³.

Ahora bien, ¿de dónde surge esa necesidad de búsqueda y afirmación de verdades absolutas? La palabra búsqueda nos conduce al concepto de carencia; buscamos lo que nos hace falta, lo que no tenemos. Compartimos la respuesta que Mena da a esta inquietud cuando dice «buscamos esos referentes porque no los tenemos, debemos crear nuestros propios referentes de comportamiento»⁴.

La acción de crear implica, necesariamente, el juego de los posibles, lo cual le confiere un carácter de aleatoriedad. Aceptar el carácter de probabilidad de los referentes, de los modelos, nos deja despojados de lo que denominamos normalidad y toca una fibra de nuestro ser y estar en el mundo que cuestiona la naturaleza misma de la existencia. De allí que frente a tan enorme carencia aparezca la gran tentación: «responder a una ausencia con una estabilidad incuestionable»⁵.

Frente al vértigo que genera moverse en el carácter provisional de los referentes, de los modelos, de las estructuras, incluso de los procesos,

³José Lorite Mena: «La mujer: una probabilidad en el orden masculino», en *Texto y Contexto* 7, Bogotá, Colombia, Universidad de Los Andes, enero-abril, 1986, p. 38.

⁴*Ibid.*, p. 38.

⁵*Ibid.*, p. 37.

sucede lo que es denominado por Mena como «violencia totalizante del sujeto» y que él describe como el proceso a través del cual el ser humano es sometido «al engranaje del poder de realidad de representaciones que han pretendido ser satisfactorias, absolutas e inmodificables»⁶.

Este fenómeno ha sido históricamente patrimonio de los hombres. Para ejercer el poder y perdurar en él son necesarias ciertas condiciones ideológicas particulares, y lo que se ha denominado patriarcado se fundamenta en una comprensión de lo humano que abarca el ámbito de lo público y de lo privado, justificándolo como «verdad satisfactoria, absoluta e inmodificable», y tiene por objetivo la implantación del poder masculino. Más adelante veremos que este poder no implica solamente el poder de los hombres: Pedro, Juan, Eduardo, mi papá, mi tío, mi amigo, mi compañero, sino que es un fenómeno cultural que necesariamente nos trasciende en nuestra condición de individuos.

Decíamos anteriormente que la naturaleza femenina y masculina y las características que se le adjudican a cada una, eran, hasta hace poco, incuestionables... Sin embargo, tenemos la percepción de estar viviendo tiempos de transición. Pareciera que el antiguo modelo se agota. En este sentido Whitmont señala: «En el punto bajo de un proceso cultural que nos ha conducido al callejón sin salida del materialismo científico, de la destructividad tecnológica, el nihilismo religioso y el empobrecimiento cultural, ha ocurrido un fenómeno de lo más sorprendente...», y continúa, «...La Diosa vuelve. Negada y reprimida durante miles de años de dominación masculina, aparece en un momento de extrema necesidad...», y concluye, «...La época del patriarcado está tocando a su fin. ¿Qué nueva pauta cultural asegurará a la humanidad la continuidad de la vida en la tierra?...»⁷.

Whitmont es un analista jungniano de larga trayectoria y nos aporta en su libro, *El retorno de la diosa*, una propuesta que nos ha servido para analizar, comprender y contextualizar algunos fenómenos que están sucediendo en el mundo de la ciencia y la religión, que sentimos, quizás intuitivamente, que tienen que ver con la irrupción de lo femenino dentro de la ideología patriarcal, dentro de lo que comprendemos que ha tenido

⁶Edward C., Whitmont: *El retorno de la diosa*, Barcelona, Edit. Argos Vergara, 1982, p.

11.

⁷*Ibid.*

que ver con una forma masculina de aproximarse al conocimiento, a la naturaleza y a la vida misma...

Consideremos que hechos como el incipiente reconocimiento académico e intelectual al desarrollo de disciplinas como la etnología y la antropología; la validación de las metodologías cualitativas como técnicas de investigación y evaluación dentro de las ciencias sociales y la educación; el auge de la medicina alternativa; el acercamiento a la filosofía y las religiones orientales, son síntomas de disolución de un antiguo orden logocentrista y ginolátrico, hacia un nuevo orden, una nueva forma de conciencia...

Intentaremos explicar en forma breve lo que Whitmont nos aporta sobre la evolución de la conciencia y su vinculación con lo femenino y lo masculino. Para ello será necesario exponer algunos conceptos básicos.

Para explicar lo que son los *arquetipos* él mismo dice:

Las imágenes que produce la psique pueden ser sumamente personales pero la obra que se representa en nuestro escenario interno suele abordar también el drama humano general... Artistas y sabios han comprendido esto siempre. Nuestros problemas personales (nacimiento, muerte, relación, conflicto y búsqueda de un sentido) son problemas humanos⁸.

La vivencia de esos sucesos es simbolizada en una serie de imágenes atemporales denominadas arquetipos y sobre las cuales el autor considera que «proporcionan pautas de conducta, de sentimiento y de experiencia perceptiva que trascienden la historia personal»⁹. Estas imágenes se suscitan en sueños colectivos, perpetuamente recurrentes que constituyen lo que llamamos *mitos*, los que según él «desde el punto de vista racional son tan irreales como los sueños y, sin embargo, igual de misteriosamente eficaces si se analizan detenidamente como indicadores y rectores del desarrollo psíquico»¹⁰.

Partiendo de esta perspectiva se desarrolla una propuesta de la evolución de la psique, descrita en tres fases superpuestas e incluyentes: fase mágica, fase mitológica y fase mental.

⁸*Ibid.*, p. 51.

⁹*Ibid.*, p. 51.

¹⁰*Ibid.*, p. 31.

La *fase mágica* comprende un nivel de conciencia preverbal, unitario y simbiótico, el cual refleja la complementaridad y androginia de la naturaleza misma. Ella emerge de lo femenino como expresión de lo continuo, lo fusional, de la integración mente-cuerpo, interior-exterior.

La *fase mitológica* constituye una transición de lo mágico a lo mental. Al principio de la fase mitológica lo apolíneo y lo dionisiaco eran una dualidad, forman ambos parte de un gran ciclo ininterrumpido. Apolo y Dionisio eran dos polos de lo mismo. En la medida que este proceso de evolución continúa, estos dos ámbitos, lo apolíneo y lo dionisiaco se convierten en opuestos y excluyentes. La fase mitológica en la evolución de la conciencia es la que demarca la aparición de lo que se denomina mundo objetivo, distinguiéndolo del YO como ámbito de lo personal. Significa igualmente la aparición de la dualidad, es decir, la escisión de: ser humano-naturaleza, masculino-femenino.

La *fase mental*, denominada también *patriarcal del Ego* está claramente recogida en el dualismo metodológico de Descartes sintetizado en su frase: «Pienso, luego existo». Esta etapa se caracteriza por la consideración de lo racional como el árbitro supremo, el menosprecio de la deidad femenina, la degradación del deseo y el placer y la desvalorización de lo emocional e intuitivo.

En este sentido, E. Badinter nos ilustra: «El Génesis se inicia con estas célebres palabras: 'En el principio Dios creó el cielo y la tierra. Pero la tierra estaba *baldía* y *vacía*, las tinieblas cubrían el abismo y el espíritu de Dios planeaba sobre las aguas'», ella misma analizaba: «no sólo no hay ningún rastro de Diosas, sino que el Dios de los judíos crea la tierra *baldía* y *vacía* privada de sus características fecundadoras», y continúa señalando: «En primer lugar existió el 'espíritu' que crea con poder de la palabra. Dijo: 'que se haga la luz' y la luz se hizo... la sensualidad de la Madre Tierra se vuelve inútil en este nuevo proceso de creación»¹¹.

La palabra, la razón, la objetividad, lo «científico», lo observable, lo medible, lo cuantificable cobra una supremacía aplastante sobre lo intuitivo, lo subjetivo, lo emocional y lo mágico.

La fase mental se expresa en una cultura patriarcal. Las construcciones simbólicas de orden social, político, religioso, científico y económico

¹¹E. Badinter: *Op. cit.*, pp. 83-84.

co dentro de las cuales el ser humano entiende su relación con el entorno y consigo mismo son arquetipalmente masculinas. Más allá del proceso de subordinación de la mujer se ha impuesto una «patriarcalización del conocimiento» fundamentada en lo intelectual, lo explícito, lo analítico, lo lineal, lo casual, lo sucesivo, lo focal, lo argumental.

Pero tomemos de nuevo las palabras de Whitmont:

La Diosa vuelve entre gigantescos cambios y cataclismos. Se ponen en tela de juicio los papeles tradicionales de hembra y varón en la sociedad. Lo femenino exige un nuevo reconocimiento¹².

O las de Badinter:

...La evolución actual de la relación entre los sexos nos parece tan considerable que estamos tentados a ver en ellos una verdadera mutación. Mutación cultural que no se contenta con conmocionar las relaciones de poder entre hombres y mujeres, sino que además obliga a plantearse de nuevo la 'naturaleza' de cada uno...¹³.

O las de José Lorite Mena:

Quizás haya sido necesario que muera un poco el hombre para que la mujer haya comenzado a delimitar las posibilidades de una nueva territorialidad humana. No como objeto de un conocimiento esporádico y exterior (Médico, económico, moral, erótico...) sino como sujeto que construye el saber y obrar de su propia realidad...¹⁴.

Así, notamos que la fase mental, la patriarcalización del Ego, cede paso en un proceso lento y casi imperceptible a un nuevo estado de conciencia. Percibimos síntomas de una necesidad que nos rebasa en nuestra condición de hombres y mujeres, necesidad de completar las construcciones simbólicas desde lo arquetipalmente femenino; la necesidad de complementar la forma de conocimiento mental, racional, masculina, con lo femenino: lo intuitivo, lo guesáltico (¿?), lo tácito, lo sincrónico,

¹²E. Whitmont: *Op. cit.*, p. 11.

¹³E. Badinter: *Op. cit.*, p. 13.

¹⁴José Lorite Mena: *Ob. cit.*, p. 40.

lo no lineal, lo sensual, lo experiencial, para conformar una aproximación que explique la relación especie humana con el entorno y consigo misma desde una perspectiva más integradora, donde lo femenino y lo masculino confluyan para conformar una totalidad más armónica y más justa en relación con la humanidad la tierra y el cosmos...

Sentimos el impacto de esta transición como mujeres. Esta movilización de modelos significa altos costos; la certeza de que la naturaleza femenina o masculina es una creación y, por lo tanto, entra en el campo de lo probable, de lo aleatorio. El reto de crear nuevos modelos de lo femenino y lo masculino, que podría implicar, incluso, probar la flexibilidad vertiginosa de los no modelos, deja en el aire la pregunta: ¿cómo será un mundo donde también los hombres lloren?

Nos encontramos, sin lugar a dudas, ante un fenómeno con repercusiones aún incalculables. La mitad femenina de la humanidad se ha transformado irrevocablemente, y, sin embargo, como bien señala Badinter casi al final de su libro:

...puede sorprender el silencio de los hombres desde el inicio de esta extraordinaria mutación hace veinte años. No existen libros ni películas ni reflexiones en profundidad sobre su nueva condición. Están mudos, como paralizados por una evolución que no dominan. Al lado de los que pretenden negar el cambio y de un puñado de individuos que militan por una verdadera igualdad entre los padres, no verificamos ninguna toma de conciencia masculina a nivel colectivo respecto a la nueva relación entre los sexos. La niegan, la sufren, o hacen una regresión silenciosa¹⁵.

Pero al lado de ese silencio es obvia la presencia de manifestaciones de respuesta o de reacción por parte de los hombres, que si bien aún no se han constituido, como en el caso de las mujeres, en un discurso político, público, concreto, permea claramente toda nuestra existencia. Basta echar un vistazo a nuestro alrededor, recordar conversaciones con nuestras parejas, con nuestros amigos, nuestras amigas, o con nuestras parejas amigas, para ver representada en la cotidianidad esta «crisis» de la que hemos estado hablando hoy.

Desde ese no conocimiento de nosotros mismos al que se refiere

¹⁵E. Badinter: *Op. cit.*, pp. 250-251.

Badinter, desde esa ausencia de referentes que suscita en nosotros sentimientos contradictorios y ambivalentes, por momentos angustiantes, creamos un nuevo modelo de relaciones entre los géneros, de identidad femenina y masculina. En todo caso, una cosa es cierta: no podemos sustraernos de esta carrera vertiginosa ya que, de una manera u otra, todos somos partícipes del cambio, sujetos y objetos de un proceso que, a falta de otra acepción, ha dado en llamarse de *transición genérica*, y cuyas características podrían resumirse según Penélope Rodríguez Sehk en el cambio reciente de los roles, conductas y representaciones tradicionalmente ligadas a la feminidad; en la lenta, pero progresiva, adaptación e incorporación de los hombres a este proceso de cambio, y, finalmente, por «la coexistencia de expectativas incompatibles, contradictorias y ambiguas acerca del rol genérico, lo cual genera conflictos en la experiencia de la propia identidad tanto de las mujeres como de los hombres»¹⁶.

Es decir, que los cambios ocurridos en nuestra realidad histórica con respecto a la identidad de los géneros aún no se ha concretizado en modelos claros de comportamiento entre hombres y mujeres, lo cual, obviamente, desemboca en una situación conflictiva y confusa.

Estos movimientos sísmicos de las estructuras relacionales tienen varios puntos de origen o epicentros. Iniciado por las mujeres, sensibiliza hoy también a los hombres. Harto hemos escuchado y leído acerca de los cambios femeninos ocurridos en las últimas décadas; sin embargo, ineludiblemente debemos recordarlos hoy, ya que son ellos los que nos permitirán visualizar el panorama de una forma más nítida. Tenemos, entonces, que desde hace aproximadamente cincuenta años y particularmente desde hace veinticinco, cobra vigencia el discurso de la liberación femenina, concretizándose en la esfera pública en la lucha y logro de reivindicaciones del ámbito de lo legal, lo social, lo cultural, lo hereditario, lo familiar, lo religioso, lo económico y político pero, sobre todo, en la organización de grupos de mujeres que buscan, a partir de la consigna «Lo privado es político», dar luces acerca de la nueva condición de la mujer, construyendo así, de su silenciada privacidad un discurso teórico concreto que apunta hacia el estudio minucioso del proceso histórico de

¹⁶Penélope Rodríguez Sehk: *Aproximaciones al fenómeno de la transición genérica en América Latina*, Mimeo, S.F., p. 4.

la dominación patriarcal y hacia la reivindicación del universo femenino, particularmente en aquellos aspectos relacionados con la incorporación de la mujer al trabajo productivo y a la desmitificación del trabajo reproductivo como no-trabajo.

Según Rodríguez Sehk, algunas de las exigencias del Movimiento de Liberación Femenina para la mujer son, entre otras: el logro de la autonomía, el rechazo a la abnegación, la importancia del autoconocimiento de las propias capacidades y posibilidades, la concientización de su rol político, económico y cultural, el cuestionamiento de su rol tradicional de madre y esposa, el derecho al autoconocimiento del propio cuerpo y la reivindicación del placer.

La lista, como bien sabemos, podría ser interminable, pero lo más importante de todo esto sería preguntarse acerca de la manera como han afectado estos cambios, no sólo a la identidad femenina, sino también a la masculina.

Sin dejar de reconocer, por supuesto, el alcance socialmente limitado de este cambio de concepciones, la misma autora reflexiona acerca de lo que desde la perspectiva femenina se le está planteando revisar al hombre, y dice: «lo que se exige de él hoy es el reconocimiento de la opresión implícita a la que ha estado sometido dentro de la ideología machista, que él mismo potencia»¹⁷. Esta ideología machista de la que mucho se habla, pero de la que poco se ha estudiado, se pone claramente de manifiesto en cinco aspectos fundamentales, a saber:

a) en el aprendizaje, por parte del hombre, de la negación de los sentimientos, ya que ellos son considerados como una parte «débil» (femenina) de la personalidad y lo que socialmente se le ha exigido es que sea fuerte, que controle sus sentimientos, «que no llore»;

b) en la incapacidad (también aprendida) de vivir la paternidad de una manera más emotiva y afectiva, en tanto su rol como padre ha estado limitado, fundamentalmente, al de proveedor económico;

c) en el ejercicio de la sexualidad como prueba de poder más que como terreno de placer. Esto es lo que Bruckner y Finkielkraut denominaron el *realismo orgiástico*¹⁸: sexualidad genitalizada, cuántica, anóni-

¹⁷*Ibid.*, p. 10.

¹⁸Pascal, Bruckner y Alan Finkielkraut: *El nuevo desorden amoroso*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1989, p. 18.

ma, supuestamente urgente e irreprimible, utilizada como arma de poder y dominación más que como vehículo de placer, amor y comunicación;

d) en la sobreprotección materna que le impide, la mayoría de las veces, asumir autónomamente su vida, con lo cual se encuentra inhabilitado para asumir el trabajo reproductivo hogareño, terreno milenariamente femenino; y

e) en «el chantaje emocional y afectivo que a veces ejerce sobre él la mujer (esposa o madre), como un mecanismo de ella para contrarrestar el poder y el autoritarismo del hombre»¹⁹.

Todo esto se sintetiza, a nuestro juicio, en una situación de profunda injusticia tanto para los hombres como para las mujeres, ya que refrenda la noción culturalmente aprendida de los géneros como opuestos y no como complementarios. La sexualidad de la mujer ha estado tradicionalmente ligada a la afectividad, al amor, al matrimonio y a la procreación, mientras que la del hombre aparece como genitalidad irrefrenable, dominadora de lo emocional y exaltadora de un EROS anónimo, irracional, falocrático. Así, la erótica de los géneros pareciera conducirnos en la actualidad por una ruta de múltiples desencuentros, particularmente claros hoy cuando la nueva territorialidad de la mujer pone en entredicho los tradicionales esquemas de socialización y de relación entre los géneros.

Las nuevas modalidades de relacionarnos en pareja, inclusive dentro del matrimonio; la fuerte presencia de las mujeres en esferas hasta hace pocos años «exclusivas» de los hombres, la maternidad y la paternidad vividas de una manera mucho más integrada y afectiva, la incorporación paulatina de los hombres al trabajo reproductivo, es decir, no sólo a la crianza de los hijos, sino también al cuidado y mantenimiento del hogar, son sólo algunos de los ámbitos donde podemos percibir cambios de una manera tangible. Pero estamos hablando hoy de la necesidad de una transformación más profunda; de la creación de nuevos parámetros que nos permitan definirnos con claridad como hombres y como mujeres, y ello sólo será posible al emerger ese *hombre nuevo* del que habla Anais Nin: un hombre que no tenga necesidad de defenderse, que acepte la esfera intuitiva, sensible y emocional que hay en él, que esté «dispuesto a cambiar la rigidez por la flexibilidad, el hermetismo por la franqueza, los

¹⁹Penélope Rodríguez Sehk: *Op. cit.*, p. 11.

papeles incómodos por la comodidad de no tener que representar ningún papel»²⁰. Lo que ha tenido que ser un proceso de afirmación y de lucha por parte de las mujeres debería manifestarse para los hombres en una flexibilización de los parámetros tradicionales de poder que cada día pierden más vigencia. El discurso de la dominación patriarcal y falocrática se debilita y se disuelve para dar paso a la Diosa que vuelve. Ella, guardiana de nuestra interioridad, regresa, no para derrotar y destruir, sino para proclamar una nueva moral, un nuevo orden enraizado en nuestra conciencia individual, que permita la armonía y la comunión entre los géneros.

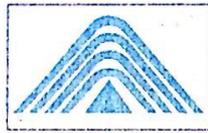
Quisiéramos terminar nuestras palabras de hoy de la misma manera como lo hiciera Anais Nin en un artículo de 1974:

«Comencemos el nuevo régimen de honradez y confianza y eliminación de los falsos papeles en nuestras relaciones personales, y todo esto finalmente influirá en la historia del mundo además de influir en la evolución de las mujeres»²¹.

²⁰Anais Nin: «En pro del hombre sensible», en *Ser mujer*, Madrid, Editorial Debate. Colección Tribuna Feminista, 1979, p. 58.

²¹*Ibid.*, p. 60.

Documentos



**Monte
Avila
Editores
Latinoamericana**

